

## **Capítulo 6**

### **Democracias en tensión: crisis política, desigualdad y desafección ciudadana en América Latina**

---

Humberto Andrés Álvarez Sepúlveda, Claudine Glenda Benoit Ríos

---

#### **Resumen**

Este capítulo examina la crisis democrática actual en América Latina como un proceso complejo atravesado por desigualdades estructurales, malestar social, desconfianza institucional y transformaciones en las formas de participación ciudadana. El estudio se sustenta en una revisión de alcance de literatura especializada, bajo un enfoque cualitativo e interpretativo, un paradigma humanista y un diseño narrativo de tópico. Los hallazgos muestran que la crisis democrática no supone necesariamente su colapso, sino que constituye una coyuntura crítica que abre la posibilidad de repensar y reconstruir la democracia sobre bases más inclusivas, deliberativas y socialmente sostenibles. Se concluye que fortalecer la democracia en América Latina exige la implementación de reformas institucionales y la ampliación efectiva de la participación ciudadana, el reconocimiento de la diversidad social y la incorporación crítica de los espacios digitales como ámbitos legítimos de acción política y construcción del ámbito público.

Palabras clave:  
Democracia;  
Desigualdad;  
Protesta social;  
Ciudadanía digital;  
América Latina.

Álvarez Sepúlveda, H. A., & Benoit Ríos, C. G. (2025). Democracias en tensión: crisis política, desigualdad y desafección ciudadana en América Latina. En A. B. Benalcázar, (Coord). *Humanidades y Ciencias Sociales frente a los Retos de Latinoamérica (Volumen II)*. (pp. 141-156). Religión Press. <http://doi.org/10.46652/religionpress.385.c700>



## Introducción

América Latina atraviesa uno de los períodos más complejos desde la tercera ola de democratización. Aunque la mayoría de los países de la región mantienen estructuras democráticas formales, diversos estudios (Luna & Altman, 2011; Valencia y Cuartas, 2023; Becerra, 2024), muestran un deterioro continuo de su calidad, acompañado por el debilitamiento de la confianza institucional, la fragmentación del tejido social y el auge de liderazgos personalistas o abiertamente autoritarios. Este deterioro no es un fenómeno aislado, sino parte de un proceso global de “recesión democrática” caracterizado por la erosión incremental de normas, prácticas y valores democráticos sin que exista un quiebre abrupto o evidente. En América Latina, este proceso adquiere particular intensidad debido a factores estructurales históricos, tales como la desigual distribución del poder, la debilidad del Estado de derecho, la persistencia de desigualdades socioeconómicas y la fragilidad de los sistemas de partidos.

El agotamiento de los modelos de desarrollo, las tensiones generadas por la desigualdad, la precarización económica, la violencia estructural y la captura de instituciones por élites políticas y económicas alimentan un clima de permanente incertidumbre. La región sigue figurando entre las más desiguales del mundo, lo cual limita el acceso efectivo a derechos, deteriora la cohesión social y afecta la legitimidad de las instituciones públicas (Piketty, 2014; CEPAL, 2022). A ello se suma la expansión de economías criminales, la debilidad de las policías y sistemas judiciales, y la incapacidad estatal de garantizar seguridad ciudadana, elementos que contribuyen a un sentimiento generalizado de desprotección. De este modo, la desafección ciudadana se convierte en uno de los rasgos más visibles y persistentes de la política latinoamericana actual, expresándose en conductas de retraimiento político, voto volátil, rechazo a los partidos, simpatía por soluciones autoritarias e incluso apatía frente a los procesos electorales.

En este contexto, comprender la crisis democrática actual requiere situarla en una perspectiva histórica de larga duración. Como advierten Valencia y Cuartas (2023), la democratización en América Latina se ha caracterizado por ciclos de avance y retroceso, donde períodos de apertura conviven con momentos de regresión autoritaria. Más que una crisis coyuntural, lo que se observa hoy es la reemergencia de tensiones estructurales no resueltas: la debilidad de las burocracias estatales, la sobrecarga de demandas sociales, la existencia de ciudadanías estratificadas y la persistencia de culturas políticas autoritarias. Este trasfondo histórico explica por qué la región enfrenta simultáneamente desencanto democrático y movilización social, apatía y protesta, demandas de orden y exigencias de justicia.

Este ensayo analiza tres dimensiones centrales de la crisis democrática: (1) el deterioro de la confianza institucional y la fragilidad del Estado democrático; (2) el malestar social articulado en estallidos de protesta y agendas de justicia social; y (3) el surgimiento de nuevas formas de participación política y ciudadanía digital. A través de estas líneas se argumenta que la crisis actual, lejos de significar un rechazo simple a la democracia, expresa la tensión entre expectativas ciudadanas crecientes y la incapacidad de los sistemas políticos para dar respuestas legítimas, eficaces y socialmente justas. Entender esta crisis exige integrar perspectivas históricas, sociológicas, filosóficas y culturales que permitan problematizar los desafíos presentes y proyectar horizontes democráticos posibles para la región, considerando tanto las advertencias de la teoría democrática reciente como las capacidades creativas de las sociedades latinoamericanas para reinventar sus modos de acción y organización colectiva (Rosanvallon, 2007; Santos, 2010).

Metodológicamente, este capítulo se construye a partir de una revisión de alcance de literatura politológica, sociológica e histórica sobre crisis democrática, desigualdad estructural, protesta social y transformaciones de la ciudadanía digital en América Latina. Se analizaron fuentes obtenidas desde bases de datos como Scopus, Scielo

y Google Académico, además de informes regionales y obras clásicas sobre teoría democrática y movimientos sociales. El estudio se enmarca en un enfoque cualitativo e interpretativo, un paradigma humanista y bajo un diseño narrativo de tópico, orientado a comprender los procesos políticos como fenómenos históricos situados y atravesados por dinámicas culturales, tecnológicas y estructurales. Esta estrategia permitió articular diagnósticos regionales, identificar patrones convergentes y contrastar interpretaciones sobre el deterioro institucional, la expansión del malestar social y las nuevas formas de acción colectiva. Asimismo, posibilita proyectar escenarios democráticos futuros, destacando desafíos y oportunidades para fortalecer la participación, la justicia social y la resiliencia institucional en la región.

### **Deterioro de la confianza institucional y fragilidad democrática**

El desgaste democrático en América Latina ha sido ampliamente documentado por el Barómetro de las Américas, Latinobarómetro y diversos análisis politológicos. Uno de los indicadores más alarmantes es el progresivo descenso en la legitimidad institucional: la confianza en los partidos políticos, congresos, tribunales y gobiernos se sitúa entre las más bajas del mundo. Este fenómeno se relaciona con un proceso de erosión democrática silenciosa, caracterizado por el debilitamiento gradual de las instituciones sin que exista un quiebre explícito del orden constitucional. Lejos de tratarse de una crisis súbita, la fragilidad institucional en América Latina se manifiesta como un proceso acumulativo donde la ciudadanía percibe que el Estado carece de capacidad, voluntad o integridad para responder de manera efectiva a las demandas sociales.

En primer lugar, el problema de la corrupción sistémica debilita la percepción de imparcialidad de las instituciones. Transparency International (2025), ubica a la mayoría de los países latinoamericanos por debajo de la media global, evidenciando la continuidad de redes clientelares, patrimonialismo y prácticas de captura estatal. Para

Mungiu (2015), la corrupción implica transgresión de normas y produce un deterioro moral de la democracia, ya que genera la percepción de que el sistema político opera bajo lógicas privadas en lugar del interés público. Este fenómeno genera una crisis de integridad democrática, en la cual el deterioro normativo y la violación sistemática de reglas formales socavan la legitimidad del régimen democrático.

En segundo lugar, el debilitamiento de los mecanismos de rendición de cuentas y contrapesos institucionales contribuye a un ambiente de hiperpresidencialismo y concentración del poder. Becerra (2024), define esta dinámica como “democracia delegativa”, un régimen donde la ciudadanía elige a sus gobernantes, pero no participa ni fiscaliza su gestión, provocando un vaciamiento de la participación política entre elección y elección. Este patrón persiste hasta hoy: ejecutivos fuertes, congresos debilitados y sistemas judiciales vulnerables frente a presiones políticas o económicas. En este contexto, el presidencialismo latinoamericano tiende a generar conflictos entre poderes, incentiva la personalización política y dificulta la negociación democrática, aspectos que se intensifican cuando los partidos se fragmentan o pierden solidez organizativa.

En tercer lugar, siguiendo a Colalongo y Rivas (2022), la polarización afectiva ha intensificado la fractura social, reduciendo la tolerancia, el pluralismo y la capacidad deliberativa. La región experimenta no solo extremismo ideológico, sino también una polarización basada en identidades emocionales, donde los adversarios políticos son percibidos como amenazas morales. En países como Brasil, Chile, Venezuela o Perú, la política se ha convertido en un campo de antagonismos irreconciliables, donde la disputa por el poder se asocia a narrativas de salvación o destrucción nacional. Esta polarización es una forma de articulación hegemónica que emerge cuando las instituciones son incapaces de canalizar demandas diversas y cuando los sujetos sociales sienten que no existe un espacio legítimo para la negociación.

Finalmente, en varios países han surgido liderazgos populistas o iliberales que cuestionan la prensa, el poder judicial, los organismos autónomos e incluso el pluralismo político. Casos como Nayib Bukele en El Salvador, Jair Bolsonaro en Brasil, Andrés Manuel López Obregón en México o la deriva autoritaria en Nicaragua bajo Daniel Ortega muestran dinámicas de desdemocratización en curso. Estos líderes tienden a socavar normas informales clave para la democracia—moderación, tolerancia mutua y autocontención institucional— que son fundamentales para evitar la erosión democrática. En términos comparados, América Latina reproduce patrones similares a los observados en Hungría, Turquía o India, donde gobiernos electos democráticamente utilizan su legitimidad electoral para concentrar poder y debilitar controles institucionales.

En suma, el deterioro de la confianza institucional en América Latina es resultado de dinámicas estructurales —corrupción sistémica, fragilidad del Estado de derecho, debilidad de los sistemas de partidos— y de tendencias actuales —polarización afectiva, populismo iliberal, recesión democrática— que convergen para producir un escenario de fragilidad democrática que amenaza la legitimidad y la estabilidad de los régímenes políticos de la región.

### **Malestar social, desigualdad estructural y estallidos de protesta**

El malestar social latinoamericano no es una reacción súbita, sino el resultado de procesos históricos y estructurales que han configurado un modelo económico excluyente. Piketty (2014) y Milanovic (2016), señalan que América Latina es la región más desigual del mundo, condición que genera un permanente conflicto entre expectativas de bienestar y realidades de precariedad. Estas desigualdades se expresan en niveles de ingreso y en el acceso a servicios públicos, oportunidades educativas, movilidad social y seguridad, aspectos que constituyen desigualdades “vitales”, es decir, que definen la calidad de vida y las posibilidades de desarrollo humano. En esta línea,

los estallidos de protesta rebasan las categorías tradicionales de la política institucionalizada, dando lugar a formas de acción colectiva que emergen desde territorios, identidades y experiencias históricas de exclusión.

En Chile, el estallido social de 2019 reveló un profundo quiebre entre ciudadanía y élites, cuestionando un modelo neoliberal consolidado durante décadas y evidenciando la crisis de legitimidad del orden subsidiario. En Colombia, las movilizaciones de 2021 expusieron el fracaso del Estado para garantizar derechos básicos y respondieron a dinámicas de represión policial, violencia estructural y desigualdad interseccional. En Ecuador, las protestas de 2019 y 2022 reflejaron el impacto social de políticas de ajuste económico impulsadas por organismos internacionales, las cuales afectaron de manera desproporcionada a comunidades indígenas y sectores populares. Aunque diversas en origen y composición, estas movilizaciones comparten un rasgo central: el rechazo a la desigualdad persistente, la vulneración sistemática de derechos y la falta de mecanismos institucionales para procesar el conflicto social de manera pacífica y democrática.

Además del eje económico, los estallidos sociales han incorporado agendas transversales que complejizan el repertorio de demandas históricas. Los feminismos latinoamericanos —particularmente aquellos articulados en el movimiento Ni Una Menos— han denunciado las violencias patriarcales y la precarización de la vida, vinculando las opresiones de género con desigualdades económicas, étnicas y territoriales (Segato, 2016). Como plantea De la Cadena (2015), los pueblos originarios han articulado demandas por autodeterminación, reconocimiento cultural y protección de sus territorios frente al extractivismo. En este contexto, la justicia ambiental se ha consolidado como un eje articulador de resistencias frente a los impactos socioecológicos de la minería, la deforestación y los megaproyectos energéticos, en consonancia con lo que Gudynas (2015), denomina “crítica al extractivismo predatorio”. Asimismo, movimientos de disidencias sexuales, juventudes urbanas, colectivos antirracistas y

organizaciones de barrios populares han visibilizado violencias policiales, discriminaciones históricas y desigualdades en el acceso al espacio público.

Estas luchas, lejos de ser sectoriales, redefinen horizontes de justicia social y modelos de convivencia democrática, articulando lo que Fraser (2008), denomina “triple dimensión de la justicia”: redistribución económica, reconocimiento cultural y participación política. La convergencia entre estas agendas expresa una crisis más profunda: la de un contrato social que no logra responder a la pluralidad de experiencias y expectativas de las sociedades latinoamericanas.

El malestar también se alimenta de la crisis del sentido democrático. Como señala Lechner (2002), existe una tensión permanente entre las promesas de igualdad ciudadana y las experiencias cotidianas de desigualdad material. La brecha entre expectativas y realidades produce un sentimiento de frustración colectiva que, sumado a la precarización laboral, la inseguridad y la debilidad del Estado de bienestar, alimenta narrativas antipolíticas, escepticismo hacia las instituciones y demandas por orden a cualquier costo. Este fenómeno de “resentimiento moral” constituye una sensación de estancamiento o retroceso que, cuando no encuentra canales institucionales, puede ser capitalizada por discursos populistas de corte autoritario o xenófobo.

Por tanto, el malestar social latinoamericano es resultado de la combinación entre desigualdad estructural, exclusión histórica y crisis de expectativas democráticas. Las recientes protestas no expresan simplemente rechazo al sistema político, sino una redefinición profunda de la ciudadanía, donde los actores sociales demandan nuevos pactos, nuevas formas de justicia y nuevas instituciones capaces de responder a las transformaciones culturales y sociales del siglo XXI.

## Nuevas formas de participación política y ciudadanía digital

La crisis de representación ha impulsado la emergencia de nuevas formas de organización política vinculadas al espacio digital. A medida que los partidos políticos y las instituciones tradicionales pierden legitimidad, se expanden repertorios de acción colectiva que operan en lógicas horizontales, colaborativas y personalizadas. Este fenómeno de acción conectiva se caracteriza por movilizaciones descentralizadas donde las identidades son fluidas y los marcos de acción se comparten principalmente a través de medios digitales. A diferencia de la acción colectiva clásica —basada en organizaciones estables, líderes visibles y estructuras jerárquicas—, la acción conectiva se articula a través de redes flexibles donde la coordinación depende de la viralización de mensajes, hashtags y narrativas comunes.

En América Latina, este proceso se expresa con fuerza. Los movimientos feministas, incluidos Ni Una Menos, Las Tesis o el 8M, han utilizado plataformas como Twitter, Instagram y TikTok para difundir denuncias, coordinar protestas simultáneas y generar pedagogías feministas que circulan globalmente. Del mismo modo, los movimientos estudiantiles chilenos desde 2011 y las movilizaciones del estallido social de 2019 organizaron marchas masivas a través de redes socio-digitales, construyendo espacios virtuales de solidaridad, memoria visual y acción performativa. En Brasil, Perú y Bolivia, la defensa de la Amazonía y los territorios indígenas ha encontrado en las plataformas digitales un medio para visibilizar violencias extractivas, denunciar la represión estatal y articular campañas transnacionales que atraviesan fronteras geográficas y lingüísticas (De la Cadena, 2015; Bratton, 2021; Colalongo y Rivas, 2022).

Estas dinámicas fortalecen la visibilidad de problemas estructurales, democratizan la producción de discursos y permiten la participación de actores antes excluidos. Las juventudes, mujeres, disidencias sexo-genéricas, comunidades indígenas y sectores populares encuentran en las redes sociales un espacio para disputar los senti-

dos del presente y construir identidades colectivas no mediadas por instituciones tradicionales (Tufekci, 2017). Además, la circulación de videos, imágenes y transmisiones en vivo ha permitido documentar abusos policiales, prácticas discriminatorias y violaciones de derechos humanos, lo que contribuye a una esfera pública más vigilante y más difícil de silenciar.

No obstante, estas transformaciones también conllevan riesgos profundos que afectan la calidad del debate democrático. El ecosistema digital ha potenciado fenómenos como la desinformación, la posverdad, la segmentación algorítmica y los discursos de odio. La capacidad de las plataformas para amplificar contenidos extremistas o polarizantes mediante algoritmos diseñados para maximizar la atención ha sido ampliamente documentada. Casos como las campañas de 2018 en Brasil —marcadas por la difusión masiva de fake news a través de WhatsApp— o las estrategias de desinformación en México y Perú demuestran cómo la manipulación digital puede influir en procesos electorales, erosionando la deliberación pública y afectando la legitimidad democrática (Bradshaw & Howard, 2019).

Asimismo, el uso intensivo de datos personales con fines políticos plantea desafíos éticos y jurídicos complejos. Zuboff (2019), describe este fenómeno como “capitalismo de la vigilancia”, un modelo basado en la extracción y comercialización de datos conductuales que permite a empresas y gobiernos predecir y modificar comportamientos. Ello tiene implicancias directas para la soberanía digital, la libertad de expresión y los derechos ciudadanos, especialmente en sociedades con altos niveles de desigualdad y baja protección de datos.

La ciudadanía digital, por tanto, no es una consecuencia automática del acceso a tecnologías, sino una práctica que requiere educación cívica crítica, alfabetización mediática y políticas públicas orientadas a garantizar la transparencia, la seguridad digital y la participación inclusiva. Autores como Rheingold (2012) y Jenkins et al. (2016), insisten en que la participación digital solo puede fortalecer la democracia cuando se articula con capacidades cognitivas y éticas

que permitan navegar, evaluar y producir información responsablemente. Sin estas condiciones, las plataformas digitales pueden reproducir o incluso profundizar desigualdades existentes, convirtiéndose en nuevos escenarios de exclusión, silenciamiento o manipulación.

De acuerdo con lo anterior, las nuevas formas de participación política y ciudadanía digital en América Latina representan tanto una oportunidad para revitalizar la democracia como un riesgo para su calidad. La tarea pendiente es garantizar que estas energías sociales se canalicen hacia procesos deliberativos inclusivos, transparentes y capaces de articular demandas sociales, sin reproducir las lógicas extractivas y de control que amenazan la autonomía de los sujetos políticos.

## Conclusión

La crisis democrática latinoamericana es un fenómeno multidimensional que articula desigualdad estructural, malestar social, desconfianza institucional y transformaciones profundas en las formas de participación ciudadana. Más que anticipar un colapso inminente, este escenario refleja un proceso de transición histórica en el que se reconfiguran las relaciones entre Estado, sociedad y ciudadanía. Se trata de un momento crítico en el que, junto con los riesgos evidentes de autoritarismo, polarización y debilitamiento del Estado de derecho, emergen también oportunidades para fortalecer las democracias de la región sobre nuevas bases de legitimidad y justicia.

Este desafío exige superar formas tradicionales de ejercicio del poder asociadas al hiperpresidencialismo y a modelos de democracia delegativa que limitan la rendición de cuentas y restringen la participación ciudadana. Implica avanzar hacia instituciones capaces de garantizar transparencia, independencia de poderes y mecanismos efectivos de control democrático. Al mismo tiempo, la consolidación democrática requiere integrar las nuevas formas de acción colectiva y ciudadanía digital que han irrumpido en el espacio público, reco-

nociendo su potencial para ampliar la participación, diversificar las voces presentes en la deliberación y renovar la agenda política desde una perspectiva más inclusiva.

América Latina tiene así la posibilidad de avanzar hacia democracias más sustantivas, que no se limiten a asegurar la participación electoral, sino que incorporen principios de justicia social, reconocimiento cultural y sostenibilidad. Esta premisa implica comprender la democracia no solo como un conjunto de procedimientos institucionales, sino como una forma de vida colectiva basada en la igualdad material, el respeto por la diversidad y la construcción dialogada de consensos. En un mundo atravesado por incertidumbres y tensiones globales, la región puede convertirse en un espacio fértil para imaginar y construir nuevas formas de convivencia democrática, más resilientes, participativas y sensibles a las necesidades de sus sociedades.

Las transformaciones políticas y sociales que atraviesa América Latina abren un campo amplio para nuevas investigaciones que permitan comprender de manera más precisa la evolución de la democracia en la región. Un primer eje de estudio apunta a analizar cómo los cambios tecnológicos, especialmente la expansión de la ciudadanía digital, pueden contribuir tanto al fortalecimiento como al deterioro de las prácticas democráticas, considerando el impacto de la desinformación, los algoritmos y la vigilancia digital. Un segundo ámbito relevante es el examen de las desigualdades estructurales y sus efectos sobre la confianza pública, la protesta social y las formas emergentes de acción colectiva, incorporando enfoques interseccionales que consideren las experiencias diferenciadas de mujeres, jóvenes, pueblos originarios y diversidades sexo-genéricas. Asimismo, se requiere profundizar en el estudio comparado de las instituciones políticas latinoamericanas para identificar las condiciones que favorecen la resiliencia democrática en contextos de crisis persistente. Finalmente, es necesario promover investigaciones interdisciplinarias que articulen perspectivas históricas, sociológicas, económicas y culturales, con el fin de diseñar modelos de gobernanza más inclusivos y estrategias de fortalecimiento democrático que respondan a los desafíos del siglo XXI.

## Referencias

- Becerra, A. (2024). Entre la cultura política participativa y la participativa-delegativa: El dilema de la democracia en América del Sur. *Tiempo y Espacio*, 42(81), 69-102.
- Bradshaw, S., & Howard, P. (2019). *The global disinformation order*. Oxford Internet Institute.
- Bratton, E. (2021). *The revenge of the real: Politics for a post-pandemic world*. Verso.
- CEPAL (2022). *Panorama social de América Latina y el Caribe 2022: La transformación de la educación como base para el desarrollo sostenible*. Naciones Unidas.
- Colalongo, R., y Rivas, J. (2022). Populismo y democracia en América Latina. Los casos de Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela (1994-2020). *Desafíos*, 34(2), 1-37. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.11079>
- De la Cadena, M. (2015). *Earth beings: Ecologies of practice across Andean worlds*. Duke University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv11smtkx>
- Fraser, N. (2008). *Scales of justice: Reimagining political space in a globalizing world*. Polity Press.
- Gudynas, E. (2015). *Derechos de la Naturaleza: Ética biocéntrica y políticas ambientales*. Tinta Limón Ediciones
- Jenkins, H., Ito, M., & Boyd, D. (2016). *Participatory culture in a networked era*. John Wiley & Sons.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana: La dimensión subjetiva de la política*. LOM.
- Luna, J., & Altman, D. (2011). Uprooted but stable: Chilean parties and the concept of party system institutionalization. *Latin American Politics and Society*, 53(2), 1-28. <https://doi.org/10.1111/j.1548-2456.2011.00115.x>
- Milanovic, B. (2016). *Global inequality: A new approach for the age of globalization*. Harvard University Press.
- Mungiu, A. (2015). *The quest for good governance. How societies develop control of corruption*. Cambridge University Press.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the twenty-first century*. Harvard University Press.
- Rheingold, H. (2012). *Net smart: How to thrive online*. MIT Press.

- Rosanvallon, P. (2007). *La contrademocracia: La política en la era de la desconfianza*. Manantial.
- Santos, B. (2010). *Refundación del Estado en América Latina*. Instituto Internacional de Derecho y Sociedad.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños.
- Valencia, G., y Cuartas, D. (2023). Incidencia de la violencia y la criminalidad en la calidad de la democracia en América Latina, 2000-2023. *Estudios Políticos*, (66), 9-26. <https://doi.org/10.17533/udea.espo.n66a01>
- Transparency International (2025). Corruption perceptions Index 2024. <https://n9.cl/i2fj5>
- Tufekci, Z. (2017). *Twitter and tear gas: The power and fragility of networked protest*. Yale University Press.
- Zuboff, S. (2019). *The age of surveillance capitalism*. PublicAffairs.

***Democracies in tension: Political crisis, inequality and citizen disaffection in Latin America***

***Democracias em Tensão: Crise Política, Desigualdade e Desafeição Cidadã na América Latina***

**Humberto Andrés Álvarez Sepúlveda**

Universidad Católica de la Santísima Concepción | Concepción | Chile

<https://orcid.org/0000-0001-5729-3404>

halvarez@ucsc.cl

humalvarezsep@gmail.com

Académico de la Universidad Católica de la Santísima Concepción (Chile). Doctor en Sociedad y Cultura por la Universidad de Barcelona (España). Autor de diversos capítulos de libros y artículos sobre educación histórica publicados en revistas científicas indexadas a WoS, Scopus y Scielo.

**Claudine Glenda Benoit Ríos**

Universidad Católica de la Santísima Concepción | Concepción | Chile

<https://orcid.org/0000-0002-1791-2212>

cbenoit@ucsc.cl

claudbenoit@gmail.com

Académica del Departamento de Didáctica de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción (Chile). Doctora en Lingüística, por la Universidad de Concepción. Investigadora en didáctica de la comprensión y producción del lenguaje, y estrategias colaborativas durante el procesamiento.

**Abstract**

This chapter examines the current democratic crisis in Latin America as a complex process marked by structural inequalities, social unrest, institutional mistrust, and transformations in forms of citizen participation. The study is based on a scoping review of specialized literature, using a qualitative and interpretive approach, a humanistic paradigm, and a narrative topic design. The findings show that the democratic crisis does not necessarily mean its collapse, but rather constitutes a critical juncture that opens up the possibility of rethinking and rebuilding democracy on more inclusive, deliberative, and socially sustainable foundations. It concludes that strengthening democracy in Latin America requires the implementation of institutional reforms and the effective expansion of citizen participation, the recognition of social diversity, and the critical incorporation of digital spaces as legitimate arenas for political action and the construction of the public sphere.

**Keywords:** Democracy; Inequality; Social protest; Digital citizenship; Latin America.

**Resumo**

Este capítulo examina a crise democrática atual na América Latina como um processo complexo atravessado por desigualdades estruturais, mal-estar social, desconfiança institucional e transformações nas formas de participação cidadã. O estudo sustenta-se em uma revisão de escopo da literatura especializada, sob uma abordagem qualitativa e interpretativa, um paradigma humanista e um desenho narrativo de tópico. Os achados mostram que a crise democrática não supõe necessariamente seu colapso, mas constitui uma conjuntura crítica que

abre a possibilidade de repensar e reconstruir a democracia sobre bases mais inclusivas, deliberativas e socialmente sustentáveis. Conclui-se que fortalecer a democracia na América Latina exige a implementação de reformas institucionais e a ampliação efetiva da participação cidadã, o reconhecimento da diversidade social e a incorporação crítica dos espaços digitais como âmbitos legítimos de ação política e construção da esfera pública.

Palavras-chave: Democracia; Desigualdade; Protesto Social; Cidadania Digital; América Latina.